

me parece estimable aunque caiga a veces en las concesiones que actualmente se hacen a posicionamientos pretendidamente demócratas o liberales.

El autor deja traslucir una simpatía, no exenta de admiración, por este episodio de los "maquis" en el que se mezclan la audacia, el valor y cierto aire romántico con algunos detalles bastante menos edificantes. Sin embargo resulta una historia en la que parece que el autor se esfuerza por ser imparcial en el relato de esta guerra, en el que ambos contendientes estuvieron interesados en aplicarle sordina.

Hecho de menos un reflejo de la componente ideológica y religiosa de esta lucha que no es más que una prolongación de la Guerra Civil y que por parte de la población civil encontró una oposición activa, particularmente en la Navarra fronteriza con alta proporción de vascoparlantes, precisamente debido a las firmes convicciones ideológicas y religiosas del pueblo.

ANTONIO DE MENDOZA CASAS

Joseph Ratzinger: VERDAD, VALORES Y PODER (*)

Esta breve y densa obra escrita por el entonces cardenal Ratzinger, recoge tres discursos pronunciados entre 1991 y 1992 en diferentes lugares, el primero de ellos con motivo del ingreso en la *Académie des Sciences Morales et Politiques*. El nexo común de estas conferencias está perfectamente reflejado en el título.

El autor recoge la postura del reverenciado *gurú* de la filosofía del derecho, Kelsen, que se revela comentando el texto evangélico sobre el proceso contra Jesús ante Pilatos, en el que éste le pregunta: ¿Qué es la verdad? La pregunta de Pilatos es, a juicio de Kelsen, expresión del necesario escepticismo del político, que obra como un perfecto demócrata confiando el problema de definir lo que es justo a la mayoría, convirtiéndose en figura emblemática de la democracia relativista.

(*) Ed. Rialp (108 pág.), Madrid, 2005.

No sin razón el austriaco Kelsen es fruto del nihilismo que se apoderó de un amplio espectro de la cultura alemana y rusa y favoreció la aparición del nacionalsocialismo, como se retrata en la cita, que recoge el autor, de Hermann Rauschning en 1938 (pág. 37): "No ha habido ni hay un solo fin que el nacionalsocialismo no esté dispuesto a perseguir o desdeñar por mor del movimiento"

Donde Rauschning pone nacionalsocialismo, que es lo que le preocupaba en aquellas fechas, igualmente se podría añadir comunismo y me atrevería a decir que la mayoría de los partidos políticos; que han asumido y difundido una mentalidad que ha ganado terreno y que podría resumirse en: *el fin justifica los medios*.

De igual forma, estará justificada en el futuro un totalitarismo, cuando el desorden se apodere de la sociedad provocado por una democracia relativista en el que la verdad y los valores carezcan de sentido, el mundo clamará por un *orden* a toda costa, pero ese ¿orden? será arbitrario puesto que los que lo implanten no tendrán un sistema de referencia como *conciencia* o de *verdad*.

"No sin razón los que persiguen el dominio totalitario provocan la libertad individual desordenada y un estado de lucha de todos contra todos para poder presentarse después con su orden como los verdaderos salvadores de la humanidad" (pag. 82).

Ejemplo reciente que puede prefigurar nuestro futuro, es lo que ha ocurrido en Nueva Orleans durante las inundaciones provocadas por el huracán, en donde una situación caótica, provocada en gran parte por un "estado de necesidad", propiciaba la adopción de medidas extremas, como la intervención del ejército, que según las informaciones difundidas por los medios de comunicación, había recibido la orden de "tirar a matar" contra los saqueadores, sin que afortunadamente pasara de amenazas. Algo parecido podría decirse de recientes desordenes en Francia —con posible contagio en al resto de Europa— en donde se decreta el "estado de emergencia" para resolver una situación que es el resultado lógico de la mezcla explosiva de inmigración desordenada unida al tratamiento del colectivo de emigrantes como un subproletariado.

En contraposición a la postura de Kelsen, un hombre de conciencia es el que no compra tolerancia, bienestar, éxito, reputación y aprobación pública renunciando a la verdad y de

los que son ejemplo dos británicos: Tomás Moro y el cardenal Newman (pág. 60).

El hilo argumental impecable, desemboca en unas conclusiones resumidas en siete puntos, que se podrían sintetizar a su vez en que, no siendo el Estado fuente de verdad, su conocimiento ha de proceder de "fuera" y siendo la fe cristiana la cultura más universal y racional esa función debe asumirla la Iglesia.

Ahora bien admitiendo la separación Iglesia-Estado, la mera existencia de un conjunto de valores externos al Estado pero asumidos por él, implica de hecho una confesionalidad, y me atrevo a decir que eso es lo que implícitamente se concluye en la obra reseñada. Desde luego el tipo de confesionalidad es variado, tal como ocurre y en mayor medida ocurría en la práctica en EEUU con un consenso de valores e interpretaciones que proceden del puritanismo protestante como dice Tocqueville, citado por nuestro actual Papa en la página 38. De una manera más clara esto se percibe en el Estado comunista, el islámico o incluso en el laico de tintes *dogmáticos*, y por eso el afán de los defensores de esta última postura de destruir todo vestigio de religión cristiana y de relativizar la verdad rebajándola a la *opinión*.

El planteamiento teórico de la *democracia relativista*, en el que no existen principios éticos, sustituidos por disposiciones legales sujetos permanentemente a cambio puede resumirse en la simpleza enunciada por Adolfo Suárez como Presidente de Gobierno, creo que sin saber su alcance: "hay que hacer legal lo que es normal en la calle"; y a su vez lo que dice implícitamente el político es: "yo defino y decido lo que es normal en la calle". Sin embargo la implantación de esa corrupción en las democracias, se ve agravado por una *práctica* en la que ya no basta la inexistencia de principios éticos sino que la mayoría es manipulada mediante un proceso de prestidigitación, bastante burdo pero eficaz, en el que la oligarquía de un partido que se autoerige como candidata, se presenta como si fuera la voluntad del partido y éste a su vez se presenta como la voluntad de los que le votan y una vez alcanzada su cuota de poder actúan como si sus decisiones —por supuesto no votadas y frecuentemente contrarias al programa electoral— fueran la voluntad del pueblo.

ANTONIO DE MENDOZA CASAS